

PRESENTACIÓN

Años de Centenarios, que elevan nuestra memoria a la acción del Padre de las Misericordias a través de su siervo Francisco de Asís. Memoria agradecida a quien hace posible que el proyecto de vida del Evangelio no sea una ilusión, sino una vida en Cristo que sabe acoger a quien se hace carne y viene a nosotros para poner su morada entre nosotros e inundar nuestras vidas del deseo sincero de escoger el camino de la pobreza y humildad, que nos hacer servidores agradecidos al regalo de los hermanos.

Todo brota de un encuentro, que podría haber quedado en un momento y que, sin embargo, marca un itinerario nuevo de vida, donde se duermen los sueños y se despiertan las auténticas pasiones que viven encerradas en lo más profundo del hombre, y que requieren entrar en lo interior para dejar salir fuera lo que realmente da sentido y plenitud a la vida y al paso por este mundo.

Podría haber quedado todo en una vida “de albiñelería”, pues Dios llamaba a Francisco a reparar iglesias, pero algo más íntimo se iba removiendo para que el albañil del primer tiempo de conversión descubriera que era el Evangelio el proyecto, la Iglesia la misión y los hermanos los acompañantes de itinerancia.

Atrás quedan desengaños e intereses, los de los mismos hermanos cuando se ven un nutrido grupo; no hay lugar para una vida de búsqueda y seguridad cuando el Hijo del hombre no halla un lugar donde reposar la cabeza (cf. Lc 9,57-58). Aquello que ardía en el corazón sólo se encuentra en el Santo Evangelio, que es Jesús, el Señor, el rostro del Padre. Y este deseo, en una vida en pobreza, fraterna y nutrida del Espíritu del Señor y su santa operación, queda recogida en la Regla que sanciona la Iglesia.

El deseo se hace realidad al comprender el misterio de la encarnación, donde Dios toca nuestra naturaleza y la asume, para elevarnos a nuestra condición de hijos de Dios. ¿No es esto ya de por sí motivo para hacer de nuestra vida fiesta y de nuestra entrega espejo en el que otros puedan mirarse y reconocerse?

Porque, ¿dónde sino en Belén, en el Calvario y en la Eucaristía hallar la razón que mueve a Francisco en esa búsqueda incesante de Dios? Dios humilde y débil, que viene a nosotros (Greccio), el Amor mayor que llega a ofrecerse gratuitamente y despojado de todo por nosotros (Alvernia), Dios

que continuamente viene a nosotros para contemplar su Presencia y mirar con ojos nuevos a los pobres y humildes sacerdotes, los que nos lo hacen visible en la mesa del altar. Donde otros ven pecados y se apartan por sendas contrarias a la Iglesia, el *Poverello* reconoce en esos sacerdotes, pecadores y miserables, el mayor don que la humanidad puede acoger y que tantas veces se niega a ver y vivir.

Hemos sido llamados a no juzgar ni despreciar (cf. *RegB* II,17), a no litigar sino a ser apacibles, pacíficos y mesurados (cf. *RegB* III,10-11), a no desear nada bajo el cielo sino vivir la santa pobreza que nos despoje incluso de nuestro propio yo para manifestar confiadamente al hermano la necesidad (cf. *RegB* VI,4-8), a predicar con palabras ponderadas y castas, como esa agua que mana y corre, limpia, pura, cristalina, viva (cf. *RegB* IX,3-4), y a vencer todo lo que sea soberbia, envidia y avaricia, para que sea sólo el espíritu del Señor el que mueva sus entrañas (cf. *RegB* X,7-9).

En todo momento, sólo buscar y desear lo que agrada a Dios: éste es el camino de Francisco, éste es el camino de todo creyente que se precie y se goce en el Señor. Mientras tanto, siempre comenzando y siempre en camino, porque no podemos parar la acción de la gracia en nosotros.

Que este número de la revista *Verdad y Vida*, agradecidos a tantos colaboradores, haga posible hacer de los Centenarios no meros recuerdos, sino actualización y conversión nueva para seguir adelante en la historia que vamos tejiendo entre todos.

FRAY JOAQUÍN ZURERA RIBÓ, OFM
Ministro provincial